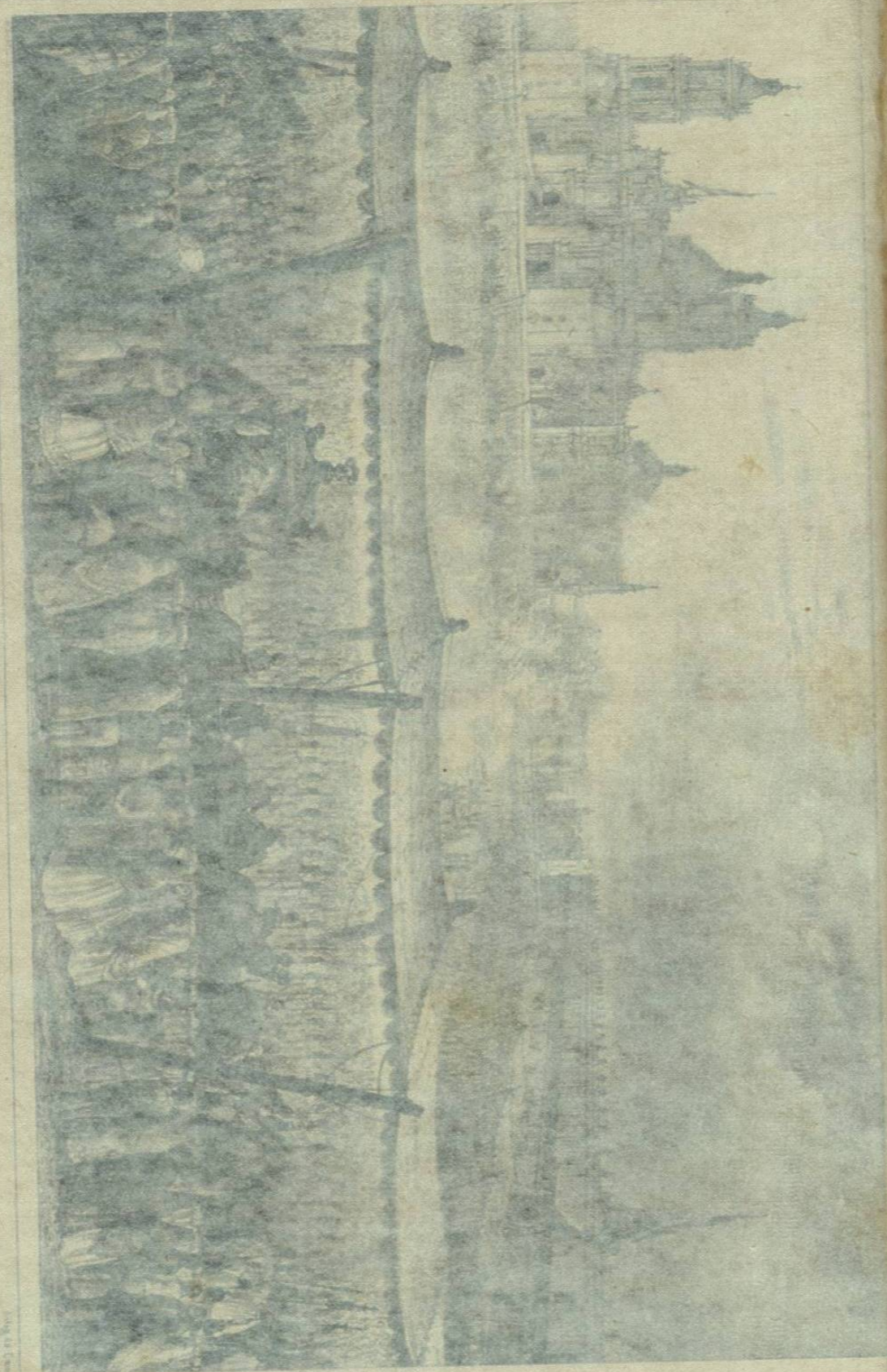


Detras de la procesion se iban formando en columna las tropas de la valla, todas enlutadas y con las armas á la funerala.

Entraba ya en la Catedral la cabeza de esta numerosa procesion, cuando no acababa de salir de San Francisco; así es que á un tiempo llenaba todas las calles de su tránsito, en las que se agolpaban los espectadores, apiñados en las boca-calles, en las puertas, ventanas, balcones y azoteas. La plaza mayor en toda su vasta estension estaba llena completamente con la muchedumbre á pie, á caballo y en coche, sin que una sola voz turbase el pavoroso silencio.

Aquellas calles por donde diez y siete años antes se viera pasar al ídolo del pueblo mexicano, al grande ITURBIDE victorioso, en medio de 12 ó 14 mil hombres que él conducia á recoger las aclamaciones y la corona de la victoria mas grande y mas pura que hayan visto los siglos: por aquellas calles por donde pocos años antes pasaba, radiante de gloria, de juventud y de felicidad: justificando á los ojos de los que no le habian conocido antes los altos hechos y el singular renombre que le habian precedido: por aquellas calles por donde ademas de su gloria inspiraba el entusiasmo y el amor, con un personal privilegiado por la naturaleza, con una dignidad natural en todo su continente, una sonrisa de bondad y de satisfaccion que animaba un semblante hermoso y una frente ancha y elevada, en la que se veia desde luego el tipo de una alta inteligencia: por aquellas calles en que las gentes se apresuraban á tender sus capas por el suelo para que pasase por ellas su caballo y en que las damas envidiaban un saludo, una mirada, no pasaban ese dia mas que unos cuantos huesos descarnados, unos fragmentos de huesos, única cosa que habia perdonado el encono de un enemigo vencido y la mediocridad envidiosa de tanta grandeza: así estaba escrito en el libro de los destinos.

Las dos de la tarde serian cuando acabó de llegar la procesion



Procesion conluciendo las cenizas del Sr. ITURBIDE de San Francisco á la Catedral el 26 de Octubre de 1838

toda á la Catedral. Allí se colocó la urna en un catafalco suntuoso en la forma que representa la lámina adjunta, y se dispersó la comitiva.

En la tarde de ese mismo día, á las cuatro, se volvió á reunir en el Palacio, de donde salió formada, por la valla de la tropa y bajo la vela, á asistir á las vísperas solemnes y oración fúnebre en latín, la cual fué pronunciada por el Dr. D. Braulio Sagaceta, cuyo acto acabó á las ocho de la noche.

En la misma forma se volvieron á reunir las Autoridades, Corporaciones y personas convidadas, en el Palacio nacional, el 27 á las ocho de la mañana, y se dirigieron otra vez á la Catedral Metropolitana á asistir á las exequias.

En este templo también, la Catedral más grandiosa de todo el Nuevo-Mundo, acorria en otro tiempo un pueblo agradecido á convertir en diadema de magestad los laureles de la victoria que ya ceñían la frente de su libertador. Hoy volvía, el corazón traspasado, á llorar sobre su tumba. El que le proclamó su soberano, y el que le llora, no podía ser el que le asesinó.

En los dos costados del pedestal del catafalco, á los lados de las puertas, se colocaron estas cuatro octavas:

Una corona augusta, ya empañada:
Un cetro roto que el orin cubría:
Envuelta en polvo triunfadora espada:
Un gran libro también dó se leía:
"Reyes, temblad," el ávida mirada
De ITURBIDE en la tumba descubría.
Faltábale un laurel: sobre su losa
Hoy lo deja la patria generosa.

JOAQUIN NAVARRO.

Miró de los tiranos la agonía:
Libró á la patria del dominio ibero,
Y abierta le esperó la tumba fría
Al volver del país del extranjero.
Al morir en su frente relucía
El noble ceño de inmortal guerrero;
Y al ecshalar el último suspiro
Clamó gozoso: "Por la patria espiro."

MANUEL TOSSIAT FERRER.

Dobló su frente bajo la cuchilla
Que alzó contra él la fratricida mano,
Y murió triste víctima en Padilla
Al descender del solio mexicano.
En la tumba tranquilo sin mancilla
Descansa al fin este héroe americano.
La patria fué para él único encanto:
La patria hoy le consagra amargo llanto.

JUAN NEPOMUCENO LACUNZA.

La libertad que contempló en Padilla
De Independencia al héroe esclarecido
Caer al golpe de mortal cuchilla
Para dormir el sueño del olvido,
Ocultó entre las manos su megilla,
Con lágrimas el rostro humedecido.
Y el triste mexicano al ver su luto
Consagra á su memoria este tributo.

JOAQUIN NAVARRO.

En los frentes del pedestal y de la misma manera se leían los siguientes sonetos:

Al volver á pisar del patrio suelo,
A quien dió libertad, la playa aciaga,
De las pasiones en las alas vaga
La muerte en ella con sangriento anhelo.

Dirige al héroe su ominoso vuelo,
Su cabeza imperial furiosa amaga,
Le hiere al fin. . . la eternidad le traga
Y envuelve sus grandezas con su velo.

El monarca infeliz en su caída
A oscura tumba, sin honor, sin gloria,
Rápido descendió desde el suplicio.

Mas México, á quien él dió nueva vida,
Hoy aunque tarde, ensalza su memoria,
Débil premio à tan grande beneficio.

JOSE MARIA LACUNZA.

De Libertad la antorcha oscurecida,
Solo en el Sur con languidez brillaba:

La sangre de los héroes humeaba,
Y la opresion cobraba nueva vida.

La patria cada vez mas oprimida
Consuelo á sus dolores no encontraba,
Y en silencio sus males devoraba,
Ocultando su frente envilecida;

Mas del tirano audaz sonó la hora,
Y en IGUALA de nuevo mil aceros
Al vacilante trono amenazaron.

De ITURBIDE la espada triunfadora
Les trazaba la senda á los guerreros
Que patria y libertad nos alcanzaron.

JUAN NEPOMUCENO LACUNZA.

Voló á una patria dó el mortal no gime,
Y voces de otro mundo se escucharon:

Dios y la Eternidad juntos clamaron
“Prémiese al fin la heroicidad sublime.”

Mire al Eterno el que en su pecho imprime
Las máximas que al vicio despreciaron,
Dó los agudos dardos se embotaron
Del vil tirano que á la tierra oprime.

Bajó al sepulcro, mas dejó estampada
Perenne huella de saber profundo,
De amor de patria, y libertad sagrada!

Y hoy es de su memoria idolatrada
El digno monumento, un nuevo mundo
Que ve de sí la esclavitud lanzada.

MANUEL TOSSIAT FERRER.

En el eterno libro de la historia
Una brillante página se abría:

Allí gozoso México leía
El noble origen de su ser y gloria.

Consignada por siempre la memoria
De las proezas ve con alegría,
Que ensalzaron su grande nombradía,
Coronadas al fin por la victoria.

Agradecido y justo procuraba,
Que el autor de estos bienes no se olvide.
Saber quién es, solícito anhelaba:

Una mancha de sangre se lo impide;
Mas su llanto al caer, la mancha lava,
¿Y qué aparece? ¡El nombre de ITURBIDE!

JOSÉ RAMON PACHECO.

La multitud de flores y de poesías, así latinas como castellanas, mandadas espontáneamente de todas partes para que se pusieran en el catafalco, son la prueba de que el pueblo, esceto de pasiones odiosas, es el único juez de los grandes hombres.

Mencionar las piezas que anteceden, no es calificarlas, ni que yo me haya atrevido á preferirlas entre todas las demas; sino que esas son las que allí se inscribieron.

En la parte anterior, sobre la cornisa del pedestal y á los piés de la urna, que estaba entre ocho columnas, se colocaron las insignias y decoraciones del héroe.

Se habia tenido cuidado de no permitir la entrada sino á las señoras vestidas de saya y mantilla, y á los hombres vestidos decentemente; así es que la numerosa concurrencia que llenaba aquel grandioso templo se componia de lo que la capital tiene de mas escogido en su poblacion, y el conjunto presentaba el aspecto mas imponente.

Una oracion castellana fué pronunciada por el Dr. D. José María Gastañeta.

La solemnidad de la funcion eclesiástica, mas que de las disposiciones tomadas al efecto, fué un testimonio de la parte que generalmente han tomado todas las clases en esta manifestacion de los sentimientos que las animan por el héroe cuyas esequias se celebraban. Las vísperas, vigilia y misa se desempeñaron por dos coros que se alternaban á veces: el de la Metropolitana y otro que se dispuso en un tablado superior. Este se componia entre voces é instrumentos de mas de ciento y cincuenta individuos, de lo que la capital tiene de mejor en la orquesta de la ópera italiana, de la de Guadalupe y algunos cuerpos militares. Solo de aficionados que voluntariamente quisieron concurrir á tocar y cantar para aumentar la solemnidad, se contaban de veinte y cinco á treinta, de los sugetos y familias mas distinguidas. La música de las Vísperas fué compuesta por D.



Exequias e inhumacion de los restos del Sr. ITUBBIDE, en la Catedral metropolitana el 27 de Septiembre de 1838

La multitud de flores y de poesías, así latinas como castellanas, mandadas espontáneamente de todas partes para que se pusieran en el catafalco, son la prueba de que el pueblo, exento de pasiones odiosas, es el único juez de los grandes hombres.

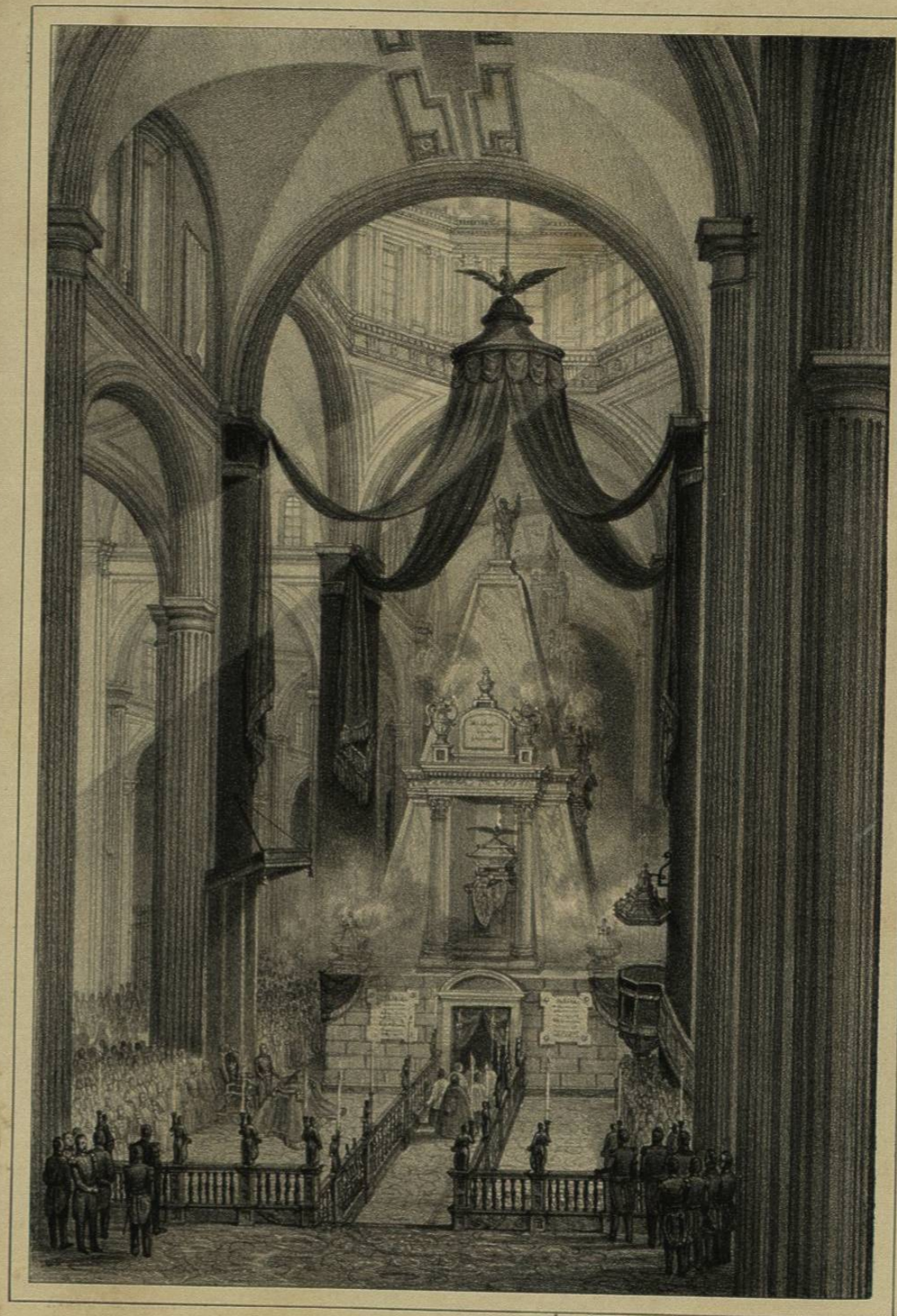
Mencionar las piezas que anteceden, no es calificarlas, ni que yo me haya atrevido á preferirlas entre todas las demas; sino que esas son las que allí se inscribieron.

En la parte anterior, sobre la cornisa del pedestal y á los piés de la urna, que estaba entre ocho columnas, se colocaron las insignias y decoraciones del héroe.

Se habia tenido cuidado de no permitir la entrada sino á las señoras vestidas de saya y mantilla, y á los hombres vestidos decentemente; así es que la numerosa concurrencia que llenaba aquel grandioso templo se componia de lo que la capital tiene de mas escogido en su poblacion, y el conjunto presentaba el aspecto mas imponente.

Una oracion castellana fué pronunciada por el Dr. D. José María Gastáñeta.

La solemnidad de la funcion eclesiástica, mas que de las disposiciones tomadas al efecto, fué un testimonio de la parte que generalmente han tomado todas las clases en esta manifestacion de los sentimientos que las animan por el héroe cuyas exequias se celebraban. Las vísperas, vigilia y misa se desempeñaron por dos coros que se alternaban á veces el de la Metropolitana y otro que se dispuso en un tablado superior. Este se componia entre voces é instrumentos de mas de ciento y cincuenta individuos, de lo que la capital tiene de mejor en la orquesta de la ópera italiana, de la de Guadalupe y algunos cuerpos militares. Solo de aficionados que voluntariamente quisieron concurrir á tocar y cantar para aumentar la solemnidad, se contaban de veinte y cinco á treinta, de los sujetos y familias mas distinguidas. La música de las Vísperas fué compuesta por D.



Exequias é inhumacion de los restos del Sr. ITURBIDE, en la Catedral metropolitana el 27 de Septiembre de 1839.

Narciso Sort para las honras de los reyes en Guadalajara en el año de 18, y la de la Misa y Vigilia por D. Manuel Corral para el mismo objeto en México. Los inteligentes supieron apreciar las bellezas de estas composiciones, y el recogimiento de una muchedumbre inmensa probaba demasiado bien hasta qué punto las sentían todos los oyentes en su corazón.

Fué una cosa extraordinaria en las honras hechas á los reyes en tiempo del gobierno español reunir una orquesta de cuarenta y cuatro individuos; por lo que se puede asegurar que desde que México ecsiste no se habia visto ni con mucho una funcion tan suntuosa. No pueden ser lo mismo los homenajes de los siervos á su dueño, que los que tributa el agradecimiento de un gran pueblo á la memoria de su libertador.

Duró la funcion hasta la tarde, y concluida que fué, se condujo la urna en medio de los suspiros y demostraciones de dolor de los circunstantes á la capilla de San Felipe de Jesus, lugar que le estaba destinado. Despues de otro responso que allí se cantó á los restos, se depositó la urna en que se hallaban, dentro de otra de madera fina y se colocó en un sepulcro provisional encima de un pedestal de piedra de vara y media de altura sobre el pavimento de la capilla. Se cerró la caja, y la llave se llevó á guardar al archivo secreto del Ministerio de lo Interior.

Las tropas hicieron los honores de Ordenanza durante las honras con tiros de cañon y descargas de fusilería.

De la Catedral pasó toda la comitiva al Palacio Nacional á dar los pésames al Presidente de la República, y allí se presentó otra escena tan tierna como solemne. La sala de recepcion estaba completamente enlutada y vestida con el mayor primor: el suelo cubierto con una alfombra de balleta negra: el techo y las paredes tapizadas de fino alepin negro; del centro del cielo se repartían á todos lados plie-

gues de relieve del mismo género que terminaban en los ángulos superiores de las paredes; un encortinado recogido ondeaba en éstas, bordado en la orilla superior con galon de plata y en la orilla inferior un fleco de lo mismo, bajando luego verticalmente otros pliegues como los del cielo. En cada uno de los balcones pendían de arcos y flechas dorados dos cortinas blanca y negra de tafetan de seda, entreabiertas y sirviendo de fondo la una á la otra, orladas la negra con galon y fleco de plata y la blanca con galon y fleco negros.

En la cabecera de la sala colgaba desde lo alto un pabellon negro de alepin fino, garbosamente plegado y ondeado, con grandes cordones y borlas de seda negra y plata. Sobre una gran lápida de mármol dorado se elevaba un sillón magnífico cuyos brazos eran las alas de una águila dorada y los piés del sillón eran los piés del águila. Abajo de esta grada y de pié recibía y contestaba el Presidente los pésames que se le dirigian por las autoridades y corporaciones.

Se mandó erigir por el Gobierno un mausoleo de mármol en la capilla de San Felipe de Jesus de la Iglesia Catedral.

De los epitafios pedidos á varios sugetos se eligieron los dos siguientes: el primero de D. José María Tornel para ponerlo en la urna que encierra las cenizas:

AGUSTIN DE ITURBIDE.

AUTOR DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA.

COMPATRIOTA, LLÓRALO.

PASAGERO, ADMÍRALO.

ESTE MONUMENTO GUARDA LAS CENIZAS DE UN HÉROE.

SU ALMA DESCANSA EN EL SENO DE DIOS.

el segundo, el que yo presenté y se destinó para la losa que ha de cubrir el sepulcro, que dice así:

DOS NACIONES NUEVAS SON LA HUELLA,

DE SU TRÁNSITO POR LA TIERRA.

Se mandó vestir luto por un mes á las autoridades, al ejército y á los padres de familia, y á ejemplo de la capital se hicieron honras á su memoria en todas las ciudades, villas y lugares de la República.

Terminadas todas las exequias de la capital el 27, quedó en toda ella el resto de ese día un silencio tal, que parecia una ciudad desierta: quedó reinando en sus habitantes la sensacion de una pérdida irreparable, el despecho de un desagravio insuficiente, el estu-
por, aquel estado, en fin, en que no se puede decir que se piensa, ni que se vive, en que queda una casa de la que ha salido la persona mas amada, y la que hacia la alegría de todos.

Así ha demostrado la nacion mexicana la ninguna parte que tuvo en la proscripcion de su libertador; así ha lavado la afrentosa mancha de ingratitud que pudieran echar sobre su historia las demas naciones. Las circunstancias en que lo ha hecho, cuando es amenazada su independencia y cuando el brillante porvenir del Nuevo-Mundo atrae las miradas del Antiguo, son las mas á propósito para probar la sinceridad de sus homenages á la memoria del héroe de Iguala. Aun ecsisten soldados de aquel Ejército Trigarante que él condujo á la victoria: aun ecsisten capitanes testigos de sus hazañas, que sabian disputarle los títulos á la gratitud nacional. La nacion mexicana se felicita de la ocasion con que le ha brindado la